

## POSICIONES MASCULINAS, SEXUALIDAD Y PAREJA

Carlos Bermejo

Cuando me invitaron a esta intervención, me hice rápidamente una pregunta: ¿qué explicar ante un auditorio de otra disciplina? Y me puse dos condiciones: la primera, que debería ser una intervención amena; la segunda, tenía que comentar algo en lo que estoy trabajando actualmente tanto en mi clínica como en mi actividad como enseñante.

En los últimos años (100, por poner un número redondo) hemos asistido a una de las revoluciones no-violentas más extraordinarias que se conocen: lo que se ha llamado la liberación de la mujer y que yo prefiero definir así: “el empuje a la existencia de las mujeres”. Digo “no-violenta” porque la mayoría de los cambios que han tenido trascendencia social han ido acompañados de violencia, en muchos casos extrema. Por contra, la liberación de la mujer, al menos desde el punto de vista de grupos sociales, no ha tenido ese componente, aunque sí tiene un efecto sobre lo que denominamos violencia doméstica o de género, en la que no voy a entrar ahora.

Seguramente estamos inmersos en un cambio social de colosales dimensiones y que podría ser equivalente al paso, hace unos 5.000 años,

de la sociedad matriarcal a la patriarcal. Evidentemente, se hace difícil pensar que dicho cambio o presión hacia la existencia de las mujeres no tenga ningún efecto en las posiciones masculinas. Si algo nos enseña la doctrina psicoanalítica es que no podemos hablar de lo femenino o lo masculino como elementos sueltos, sino que el uno está ligado al otro en una dialéctica que ha producido todo tipo de fenómenos a lo largo de la historia. Por ejemplo, si nos mantenemos en lo social: obras de teatro, cine, música, pintura, etc. Pero que también es una dialéctica dentro de las parejas, construyendo una historia que normalmente no queda registrada en la historia escrita, sea ésta oficial u oficiosa.

Por contra, sí queda esta historia registrada en el inconsciente de las generaciones (al menos 3 generaciones, pensaba el viejo Freud). Es la historia particular que los sujetos tienden a contar, sea en la peluquería o el café, y que incluso está durante mucho tiempo silenciada hasta que brota de la boca de los abuelos ya mayores que se empeñan en transmitirla (distorsionada, por supuesto). Si sabemos leer esta historia entre líneas, nos hará comprender algo de nuestro momento actual. Es una lástima que dicha historia actualmente suela ser despreciada, cuando no tachada de senilidad. Mal pronóstico para una sociedad que no quiere saber mucho de su

historia; quizá por ello aumenta la demanda de psicoterapia (de lo actual) y baja la demanda de psicoanálisis, que siempre comienza por historificar algo de lo escrito mediante el inconsciente en el pensamiento o en el cuerpo de los sujetos.

Les decía que los dos sexos van íntimamente ligados; en consecuencia, me hice la pregunta: ¿en qué están cambiando los varones masculinos actuales? Sobre la feminización, el ser mujer, se han escrito desde todos los puntos de vista ríos de tinta estos últimos años. ¿Y sobre la masculinidad de los varones? Hay un cierto silencio que podría dar la impresión de que está todo claro, y cuya tesis dominante es: "son machistas y hay que irlos cambiando". La verdad es que sí que van cambiando, pero ¿lo hacen hacia la masculinidad? O mejor dicho, ¿es que tenemos claro lo que es la masculinidad? No decíamos hace unos minutos que masculino y femenino van en juego dialéctico y que lo femenino está cambiando? Entonces ¿hacia dónde va lo masculino? Les propongo la tesis siguiente: *debemos olvidarnos de que lo masculino es inmutable* y sobre todo debemos diferenciarlo de una posición masculina que, de momento, denomino "machismo" de la misma forma que se ha tenido que diferenciar lo femenino de las funciones maternas y de las funciones de ama de casa.

Evidentemente, desde la teoría de roles se ha indicado que los varones están asumiendo roles que antes efectuaban las mujeres y, aunque con las dificultades que todos concemos, se van adaptando. Pero los psicoanalistas no confundimos los roles sociales adscritos con las posiciones sexuadas que aparecen en el inconsciente. Les recuerdo que el inconsciente no es un saco de problemas, sino el aparato simbolizador (superior al cognitivismo, por supuesto) del que sólo los humanos disponen entre todas las especies. Posiciones que aparecen muchas veces abrupta y dolorosamente cuando existen problemas con la sexualidad o la reproducción o directamente cuando no hay manera de asumir la maternidad, o en nuestro caso la paternidad. ¿O es que vamos a interpretar el descenso de natalidad espectacular en España y en particular en Cataluña como un simple hecho económico o de dificultad de coordinación de roles? ¿No contradice toda esta teoría el hecho de que sean los inmigrantes los que, con muchas más dificultades en esos terrenos, sean los que mayor tasa de natalidad sostienen? Por otro lado, ¿no nos están alertando los andrólogos que el semen masculino empieza a estar estadísticamente por los suelos? ¿Sólo es un problema de estrés e intoxicación, sea alimentaria o de algún consumo de drogas? No digo que no influyan, pero cuando una generación pasaba una guerra (hecho por antonomasia estresante) los niños venían

después como churros, y sin ayuda de la ciencia.

Bien es verdad que el abordaje de la fecundidad se ha retrasado, y una serie de problemas vienen por el hecho de intentarlo a una edad en que nuestros ancestros ya dejaban de intentarlo; seguro que tiene mucha importancia, pero la pregunta que nos hacemos es ¿desde qué punto abordamos la sexualidad, y sobre todo la paternidad, en los varones? O mejor dicho: ¿Cuáles son las posiciones masculinas (puesto que no tiene porqué haber una sola)?

Azul y rosa; se reirán ustedes de este par de palabras que han inundado nuestra cultura escribiendo los dos lugares sexuados. Podrían ser cualquier otro par, pero seguiría siendo un par. Es el mejor ejemplo de una imaginarización de la diferencia sexual: lo importante es ser diferentes. Al comienzo les indicaba que se trataba de una dialéctica entre los sexos, pero realmente (el ejemplo es meridiano) la masculinidad y la feminidad se definen por ser diferente la una del otro. Los humanos, a diferencia del resto de animales, no sólo somos diferentes sexualmente, sino que nos *nombramos* como diferentes, lo que lo cambia todo. En la biología se buscan los órganos sexuales como diferenciadores de los sexos; son aquello que diferencia un sexo del otro. En la etología se intenta también marcar

los comportamientos definitorios de cada uno de los dos sexos, es decir, una vez más marcar la diferencia. No me entiendan mal, me refiero a marcar la diferencia entre justamente aquéllos que son iguales en todo lo demás, por lo que quizá estaría mucho mejor decir *marcar la diferencia dentro de la igualdad*.

¿Cómo lo hacemos los humanos? En cierta manera, de la misma forma: marcamos la diferencia dentro de la igualdad y además debemos construir una IDENTIDAD sexual, que es un paso más que supone subjetivización. Volvamos de momento a la diferencia. ¿Cómo establecer la diferencia dentro de una cultura, patriarcal como indicaba antes, en la que la preponderancia es otorgada al varón? Quisiera desarrollar un poco esto: la sociedad partriarcal no es exactamente la dominancia del varón sino la dominancia del Padre; es éste último el que tiene el poder, y no sólo de mandar, sino de nombrar. Hemos llegado a un punto crucial: el Padre tiene el poder, es lo que se ha llamado la cultura falocéntrica, (y, por favor, no me confundan el falo con el órgano que intenta infructuosamente hacer las veces). La cultura falocéntrica es la que comienza con el levantamiento de los menhires, y sigue con el palo (les recuerdo la excelente escena de la película *2001: una odisea del espacio*), el cetro y la espada, o la cruz si quieren; también el alfanje y la media luna.

Se preguntarán para qué les recuerdo esto que seguramente saben. Por una sola cosa: en la cultura falocentrista hay un solo símbolo, y no dos: el menhir. Este símbolo permite articular, y esto es lo importante, el lenguaje con lo real. Dicho de otra manera, es el símbolo el que articula las significaciones que, con el lenguaje, efectuamos sobre lo real, siendo en nuestro caso ese real *el sexo*.

Esto les indica que no es suficiente la teoría de roles para identificar los lugares sexuados. No lo voy a justificar, pero sólo les apunto un razonamiento: Si fuese sólo cuestión de roles y éstos se aprenden en un proceso llamado por la psicología “proceso de socialización”, entonces, cuando hay dudas sobre la identidad sexual, ¿es porque no han “aprendido bien”, es decir, hay que reeducarlos? ¡Pero si nunca se enseñaron porque son tabú! ¿O es que los cognitivistas nos van a proponer que los niños se entrenen para aprender bien su rol tal como se hace con las matemáticas? No creo que deba alertar de los peligros que supone tal afirmación. Por contra, la explicación biologicista, que sostiene que los lugares sexuales son innatos, aboca a concluir que aquéllos cuya identidad no es la esperada son degenerados; tampoco comento los fascistizante o estalinizante de dicha proposición. Además, si fuese algo bilológico, no se hubiese escrito una sola frase sobre el tema y no andaríamos época tras

época discutiéndolo. ¿Cómo no ver que hay ahí, en lo sexuado, algo de lo más íntimo de los sujetos y que siempre necesita un cierto *velo*?

Vuelvo entonces al camino más antropológico, y les recuerdo que si sólo tenemos un símbolo y no dos, para articular nuestro ser sexuado, tenemos un serio problema. Esto quiere decir que en la cultura y sobre todo en el inconsciente, no existe, de entrada, masculino y femenino y por eso podemos significarlo con cualquier par de palabras que funcionen como antónimos. De ahí lo de azul y rosa, lloran o son fríos, o dan y reciben, fuertes y débiles, etc. En fin, no les haré el listado, pues es interminable, sólo hay que recorrer mundo o leer antropología. Son, pues, simbolizaciones de lo masculino y lo femenino circunstanciales y culturales que no dan respuesta al problema.

Si ahora volvemos a nuestro momento histórico y a nuestra sociedad, ¿qué ha sucedido? Pues que es un momento en el que se ha intentado abolir toda diferencia en muchísimos campos dado que (y ése es el modelo machista, submodelo del patriarcado), hace de toda diferencia pura discriminación jerárquica. Entonces ser diferente era una auténtica desgracia. Insisto: una cosa es marcar en la raza la diferencia pura hombre blanco/hombre negro y otra hacer de dicha diferencia una esclavitud y una jerarquía de especies. Eso ya



supone algo más que las palabras, supone un discurso concreto que ahora no voy a abordar.

Pero sí quisiera entrar un poco más en los conceptos analíticos. Decíamos que la especie humana ha construido un solo símbolo para anclar el lenguaje con lo real, en particular con lo real de la sexuación. Pero por otro lado sabemos que hay dos maneras bien distintas de hacer ese anclaje: la masculina y la femenina. En eso, y sólo en eso, somos diferentes porque en todo lo demás somos, en tanto sujetos, iguales, exceptuando las diferencias puramente de cualidades o habilidades que estudia la psicología diferencial. La diferencia de la que les hablo no es la diferencia en el sentido del predicado o del atributo, las características, sino la diferencia en el ser, o mejor dicho, en el *nombramiento de nuestro ser*: lo que se conoce como identidad sexual. Estamos entonces dentro del campo del sujeto y no del predicado, como dirían los lógicos o los gramáticos.

De muchos será conocido el esfuerzo, con aciertos y errores, que Freud hizo para obtener de un solo símbolo dos posiciones sexuadas. No se lo voy a resumir ahora, no teman. Pero le voy a hacer una crítica y un vuelco. Freud sigue estando bajo el modelo del patriarcado, y no consigue salir de él, como corresponde a su época. A mi entender, desde

la segunda mitad del siglo XX, hemos empezado a intentar construir un nuevo modelo de ley social no basado en el Padre, lo que nos está costando enormes esfuerzos y seguramente errores en el camino. Los psicoanalistas hemos sido casi los mayores defensores de dicha cultura del Padre. No todos, es verdad, puesto que algunos la han eliminado de la doctrina, pero lo que ha ocurrido es que reaparece en sus instituciones, que funcionan bajo dicho modelo. Ya se sabe, cosas del inconsciente.

Lacan va a hacer un excelente esfuerzo para aclarar los errores de Freud en ese camino. Resumiendo: Freud parte de la premisa universal del falo, es decir, supone que todo sujeto masculino o femenino va a entrar en unos complejos que, bajo la dominancia de dicho símbolo, producirán una posición masculina o femenina, amén de las patologías que por el camino puedan irse dando, sean éstas feminizaciones en los hombres o masculinizaciones en las mujeres, pero en el fondo todo se reduce a una simple idea: falo sí o falo no. Es la única manera de obtener dos caminos partiendo de un solo símbolo. Eso conduce a Freud a pensar que el patrón básico es el fálico y que lo femenino debe ser una variación o modificación de lo masculino. Callejón sin salida que le lleva a postular, erróneamente, que las mujeres estaban castradas de antemano, ya que no tenían ningún órgano para asentar dicho símbolo, y de ahí a

la famosa envidia de pene que tantos estragos ha causado en la dirección de la cura de las mujeres. Por contra, el varón se quedaba en la roca de la castración y sólo le cabía aceptarla, lo que llevaba muchas curas a que los sujetos entraran en una posición mortífera e incapaces de actuar.

¿Qué nos propone Lacan? Muy resumido: salir del falocentrismo, pero sin cargárselo del todo. Me explico, porque esto es muy importante para entender nuestra época y la subjetividad que en ella se desarrolla. Lacan hace un análisis que va más allá de la ciencia, en la que se mantuvo siempre Freud, y postuló al final de su época que el falo no ancla al lenguaje en lo real más que en una parte, es decir, que una parte de dicho real es infalicizable o, dicho de otra manera, no va a pasar por el falo ni, por tanto, por el inconsciente y sus simbolizaciones. Es un avance espectacular, ya que permite situar lo femenino, no como lo que de entrada no está en lo fálico, sino como una manera lógica de articular esa imposibilidad de que el falo dé respuesta a todo; dicha manera lógica se conoce como *no-del-todo* en lo fálico. Dicho así no hay porqué suponer a la mujer ninguna posición de castrada de entrada, lo que simplifica mucho las cosas además de permitirle estar también del lado fálico sin masculinizarse, lo que tiene como consecuencia

que puede, en lo social, desarrollar cualquier actividad exactamente como un hombre.

Es decir, el símbolo fálico está disponible para los dos sexos y sólo cambia la forma de articular esa función fálica con dos lógicas distintas sobre dicha función. Vean que la solución está en el registro simbólico y no en el registro del órgano donde se empeña en buscarlo un igualitarismo mal entendido y que bloquea el desarrollo de la feminización. Eso permite diferenciar claramente el deseo, en las mujeres, de tener un hijo, del deseo femenino en tanto sujeto cualquiera.

No comento las particularidades del deseo femenino y la maternidad, ya que el título es sobre la masculinidad. Si para lo femenino proclama Lacan esa posición de “a medias fálica”, para lo masculino Lacan se va a mantener en un “del todo fálico”. Si alguien conoce algo de su obra, sabrá que lo que hace es una cuantificación en el sentido lógico de la función Fallo. Repito, *no-todo fálico para ellas y todo-fálico para ellos*. Abre así dos posiciones donde Freud planteaba sólo una: el todo-fálico. Eso simplifica la clínica y la hace más acorde con el momento actual de nuestra civilización.

Los hombres, entonces, serían aquellos que viven “todavía” bajo la ilusión de un falocentrismo que en cada abordaje de la mujer

se cae a pedazos. Un falocentrismo imposible de sostener por estructura; la imposibilidad de que la función fálica acometa todo lo real. De ahí que Lacan postule que los hombres oscilan continuamente entre ese para-todo fálico y el doloroso encuentro con la excepción a ese para-todo fálico, siendo una de las excepciones las mujeres a las que aman pero no entienden demasiado.

¿Cómo mantienen los hombres esa ilusión del para-todo fálico? Pues rebajando a la mujer a la posición de objeto. De todos es conocido que la sexualidad en los hombres funciona muchas veces mejor a condición de que la mujer no aparezca demasiado como un sujeto deseante ni gozante y sí como un objeto de deseo para él. Mientras no estén en juego la paternidad ni el compromiso ni el goce femenino, es decir, cuanto más la mujer se camufla como sujeto, cuanto más desaparece, como exige el modelo patriarcal, y más sostiene el objeto del deseo del hombre, éste va mejor. Esto lo comentan las mujeres en consulta diciendo “en cuanto le dices que estás enamorada de él, sale despavorido” ¿Es ésta la solución para el varón? Creo firmemente que no.

Nos encontramos en nuestra época a cielo abierto bandadas de hombres que sólo pueden abordar a las mujeres desde dicha posición, que podríamos titular de fálica-narcisista, en la que se han quedado al nivel de los

adolescentes, UNOS ADOLESCENTES ETERNOS, y que deben consultar en cuanto su pareja les pide un compromiso como partenaires o la paternidad. Podrían decirme que hay una contradicción en lo que les explico, ya que si los hombres están en esa posición del para-todo fálico y justamente les indicaba que era la posición derivada del patriarcado, todo debería ir estupendamente. Sin entrar en la diferencia entre las posiciones narcisistas y el falo imaginario, sí quisiera justificarles esta contradicción y hacerles ver que la doctrina necesita aún una mejoría para superar el falocentrismo en los varones. Si los hombres se mueven en una oscilación entre el para-todo fálico y sus excepciones, tanto Freud como Lacan proponen como salida lo que llaman la castración, que no deja de ser un término algo escatológico, pero que indica que acepten que ese para-todo no es posible.

En la vida cotidiana y sus acontecimientos aparecerán derivados de lo que para el sujeto masculino se impondrá como renuncia del "todo". Para unos aparecerá a través del dinero a gastar en un proyecto común que impide seguir viviendo como si se tuviese más nivel de vida del que se dispone; para otros supondrá dedicar tiempo a otras cosas que no sea su trabajo; para otros será comprobar dolorosamente que no pueden, sin ayuda de la ciencia, engendrar un hijo; para otros, afrontar el llamado "gatillazo", es decir, que

no se está totalmente estupendo siempre; para otros, aceptar que el deseo de sus mujeres no sea del-todo fálico, es decir, no-todo pase por su relación de pareja y en parte pase por la relación con los hijos e incluso por una relación con ella misma, siempre mal sentida por los varones.

¿Y cuándo aparecen estas dificultades en las parejas actuales? Pues muchas veces, volviendo al principio, cuando se pone en juego la diferencia. Con cierta regularidad, esta diferencia aparece en parejas de treinta y tantos años que siempre han vivido en común como dos iguales, los dos con sus respectivos lugares sociales y sus inquietudes, cuando de pronto aparece un mandato, que proviene de la OMS, que dice “que ya tengo 34 años”. Esta situación obliga a los dos a situarse, no como colegas cómplices como hasta ahora, sino como dos posiciones sexuadas diferentes. Y aquí empiezan los líos. En algunos casos, el problema se plantea incluso antes: cuando se van a vivir juntos. Pero volviendo a la pareja ya constituida, resultan dos casos muy estándares. Uno, cuando es la mujer la que reclama (reloj biológico lo denominan a veces) al hombre que ocupe su posición, éste se nos viene abajo, la pareja empieza a tener problemas y muchas veces dificultades directas en lo sexual por parte del hombre. Otro caso es cuando es el varón el que desea un hijo y se lo pide a una mujer que está demasiado del

lado fálico y tiene que hacer un serio esfuerzo para situarse un poco en el no-todo fálico y acoger desde ahí algo del deseo de la maternidad. En este último caso, ellas suelen visualizar el parto como una catástrofe y un estado de debilidad de difícil asunción; amén del sacrificio en lo laboral que a veces supone y que queda muy recargado por los temores muy bien visualizados en algunos casos como fuerte temor al parto y sensación de “será como una rajadura corporal y/o un envejecimiento”.

Volviendo a la contradicción que aparece en la posición masculina basada en el modelo patriarcal y su dificultad con el para-todo fálico, iré directo al grano: el error es pensar que el modelo masculino es el estándar y el femenino una modificación de él. A partir de aquí les hablo en nombre propio y no de Lacan. Como ustedes saben, en el sexo biológico se partió durante mucho tiempo de la base de que el patrón macho era el estándar y que el sexo femenino era una variación. ¡Cómo no iba a ser así, si la Biblia indicaba que primero Dios creó al hombre y después, de una costilla suya, a la mujer!. Pero resulta que la Biblia es uno de los máximos exponentes del modelo patriarcal basado en el Padre. Dios es trino (Padre, falo y logos), pero la mujer no está ahí. Ahora, gracias al discurso científico, sabemos, como no podía ser de otra manera, que el patrón básico de la especie es



el femenino, siendo el masculino una diferenciación de él. Decía que no podía ser de otra manera, puesto que las mujeres son el sexo en el que la naturaleza ha depositado la capacidad de reproducción. Los varones, pues, somos depositarios de una inestimable ayuda, pero nada más. En los mamíferos no es tan claro, pero si uno se remite a los insectos, el papel del varón no deja de ser, digamos, "divertido". Si las células provinientes del óvulo no reciben la orden específica (vía testosterona) de que desarrollen el patrón macho, sale un hembra y punto. ¿No dicen los genetistas que todos los pares de cromosomas son parejos? Pues queda bien claro que lo estándar es XX y lo raro un XY.

Apliquemos la misma idea a lo fálico. La tesis lacaniana más importante al final de su obra es darse cuenta de que, a diferencia del discurso científico, el lenguaje no da cuenta nunca del-todo de lo real; entonces el patrón normal es que el falo, (función de anclaje de uno en el otro) sea asumido en una posición de no-todo, siendo entonces el patrón estándar el femenino. Sólo el modelo patriarcal y en su caso machista nos ha conducido al error de pensar siempre lo femenino como variación. Entoces tenemos que pensar el lado masculino como *una variación de lo femenino*, en su empeño en falicizarlo todo, lo que nos explica muy bien sus fracasos y angustias cuando, como dice el patrón básico, no es posible. ¿No les

parece que esta posición nos resume muchas de las discusiones y desencuentros entre los dos sexos? El uno empeñándose en lo que ellas denominan “tozudez” y la otra intentando hacer comprender que las cosas no son siempre así de “científicas”. Por contra, el hombre se empeñará siempre en lo que denomina ser asertivo, “cerrar temas”, y tomará como indecisión el dejar algo un poco abierto. Este tipo de discusiones es patente cuando se trata de la educación de los hijos.

Si Lacan deja al hombre siempre oscilando entre esa posición del todo fálica y las excepciones que le enfurecen y cuya única salida es la castración, nosotros, sin negarlo (pero para no hacer que dicha castración sea una roca, como decía Freud), creemos que el varón debe dar un paso más hacia una masculinización no tan basada en el modelo paterno, sin descuidarlo. Dicho paso justamente le debe sacar de la contradicción de que cuanto más está en dicho modelo del para-todo fálico, más difícil le resulta abordar la responsabilidad de una paternidad más simbólica y menos imaginaria, como ha sido hasta el momento: era “el que daba sustento económico y transmitía una cierta ley”. O sea, el viejo guerrero y jefe de su pequeña tribu. Es conocido por la clínica que, cuanto menos se cree su figura paterna, mejor la puede desarrollar un sujeto, lo que ha llevado a algunos teóricos a postular que el varón, en

esa apertura de su posición fálica, se “feminizaría”. Yo creo que éste es el mal camino y la mala solución, puesto que lleva a la igualdad, que nunca es deseable en este sentido y que tantos estragos produce en los vástagos.

Es decir, se trata de que el modelo patriarcal no sea completo, no de hacer caer la figura paterna al suelo y encontrarnos sujetos destartados o violentos o acobardados. Creemos que el hombre puede salir del modelo patriarcal-fálico y adaptarse a los cambios que la nueva posición femenina le exige sin feminizarse. Debe, pues, construir un nuevo cuantificador de la función fálica que desfalicice ese todo. Debe encontrar un cuantificador que le articule su rotura del todo con las excepciones y que no le deje oscilando entre los dos polos. Un cuantificador de la función fálica que le permita asumir además la posición femenina de su partenaire sin inquietud. Un varón que afronte lo femenino sin sentirlo como una excepción a la norma, sino como una posición antónima a la suya.

Para ello estamos trabajando en las direcciones de la cura de varones y en la investigación doctrinal con lógicas más suaves que la lógica cuantificacional clásica. Una de ellas es la lógica denominada borrosa o difusa que nos permite muchas más posiciones frente

al falo y no sólo no-todo y su negación: todo. Es una lógica con antónimos y que permite que masculino y femenino sean un par dialéctico, y no el uno la negación del otro, pero antes hay que estudiar mejor la figura del padre y reconvertirla en un padre que nomine y no en un padre del cetro. Como ven, un trabajo apasionante.

Veamos un cuadro resumen:

Freud	Lacan	Bermejo
Todo el goce sexual debe ser drenado por el Falo	No todo el goce sexual debe ser drenado por el Falo	No todo el goce sexual debe ser drenado por el falo
Varones	Varones	Varones
Predominancia del pene como encarnación imaginaria de dicho símbolo.	Todo el goce sexual pasa por el símbolo y no por el órgano, pero con excepciones. El órgano es una encarnación del símbolo.	No-del-todo el goce sexual es no-fálico, luego algo es fálico. El órgano es una encarnación del símbolo
Temor a la castración, y asunción final de ella		

Féminas	Féminas	Féminas
Castradas de entrada, envidia de pene, deseo de hijo. Investimento de la vagina.	No-todo el goce sexual pasa por el símbolo pero de forma que ese no-del-todo es la normalidad.	No-del-todo pasa el goce sexual por el símbolo pero de forma que ese no-del-todo es la normalidad.

Barcelona, Junio 200

[SUMARIO](#)